

# NOVELA Y POESÍA

*[Uno se] inventa el mundo o un pedazo de él.  
El hombre está condenado a ser novelista.*

JOSÉ ORTEGA Y GASSET

## Personajes

Ella

Usted

Un espacio oscuro. Una silla, una ventana, un paraguas. Ella y Usted.  
Usted lleva antifaz; Ella, un chal.  
Ella, sentada cara al público. Usted de pie, mirando por la ventana.  
Al comienzo, una luz gris entra por la ventana, iluminando el torso de Usted.  
Ella, iluminada por una luz más cálida desde la sala.

ELLA— Hoy

No sé. Hoy no sé de qué hablar. Diga algo usted. Algo. Lo primero que se le ocurra.

USTED— Diecisiete de febrero de mil novecientos noventa y cuatro.

ELLA— ¿Cómo?

USTED— Diecisiete de febrero de mil novecientos noventa y cuatro.

ELLA— ¿Qué año ha dicho usted?

USTED— Mil novecientos noventa y cuatro.

ELLA— Mil *och*cientos noventa y cuatro.

USTED— Escribimos el año mil novecientos noventa y cuatro.

ELLA— Qué locura. Yo no soy del siglo veinte. Casi. Pero no. Yo soy del diecinueve. Todavía. Escribimos el año mil ochocientos noventa y cuatro. ¿De acuerdo? Si no, ¿por qué cree que voy vestida así? Y usted mismo. Mírese. Mírese en un espejo. Tiene que haber alguno por ahí. Por lo menos un trozo. Digo yo. Bueno, no me voy a meter con su apariencia. Ni con su ropa. Ni con ese antifaz ridículo que lleva. Ni con su casa. No me voy a meter con usted. Hoy no. Se lo prometo.

Un día del mes de febrero. Febrero de mil ochocientos noventa y cuatro. Bien.  
¿Qué más?

USTED— Llueve. Está lloviendo.

ELLA— ¿Mucho?

USTED— No. Poco. Hace viento.

ELLA— ¿Mucho?

USTED— No. Algo. En el cristal

ELLA— ¿Sí?

USTED— Gotas de lluvia temblando por el viento.

ELLA— Bueno. Llevo paraguas. Estoy preparada. Incluso para eso. ¿Qué más?

USTED— Nada. Nada más.

Tráfico. Tráfico en la calle.

ELLA— ¿Mucho?

USTED— Sí. Bastante.

ELLA— ¿Qué tipo de tráfico?

USTED— El de siempre. Coches. Camiones.

ELLA— ¿Ningún caballo?

USTED— No. Ninguno.

ELLA— No puede ser. Tiene que haber alguno. O, por lo menos, un tranvía. ¡Fíjese bien!

USTED— Un tranvía.

ELLA— ¿Sí?

USTED— Sí. Quizá.

ELLA— ¿Y caballos?

USTED— Un tranvía tirado por tres caballos, dos tordos y uno zaino.

ELLA— ¿Ve? Hay caballos en la calle. Todavía. Y coches. Coches y camiones grandes con ruedas grandes de madera. ¿Qué más?

USTED— Paraguas. Paraguas abiertos. Negros. Brillantes. Igual que las capotas de los carros. La calle. Las casas. Todo mojado. El zumbido de un avión

ELLA— ¿De un avión?

USTED— Dentro de esa masa de nubes.

ELLA— ¿Un avión, ha dicho?

USTED— No. Quizás me equivoco.

ELLA— El chacolotear de los caballos. El rechinar de las ruedas de carro. El chirriar de los tranvías. Las bocinas. Todo eso sí. Pero, ¡hágame el favor y no se vaya más allá! ¿De acuerdo?

USTED— De acuerdo.

ELLA— Las diez menos veinte. Las diez menos veinte de la mañana. Jueves. Un jueves cualquiera. Un diecisiete de febrero de mil ochocientos noventa y cuatro cualquiera. A las diez menos veinte de la mañana. Una mosca, nacida a

destiempo, cae muerta de la lámpara del techo. Apunté la hora y el día de su muerte. Por cierto, ¿cómo está usted?

USTED— Yo, bien. Gracias.

ELLA— Yo también.

USTED— Me alegra.

ELLA— Perdone. Sólo una cosa. ¿Por qué no se quita ese antifaz absurdo? He dicho que no me iba a meter con usted, ya sé. Pero, sólo ese detalle. ¿Me haría el favor?

USTED— *(Se quita el antifaz y lleva otro debajo.)*

ELLA— Me gustan estos días lluviosos. ¡Es tan bonita la lluvia! Y, además, necesaria, absolutamente necesaria. Somos como las plantas. Necesitamos agua.

USTED— Y sol.

ELLA— Y sol. Por supuesto.

USTED— Se ha caído un ciclista.

ELLA— Últimamente, estoy mucho en casa. Demasiado quizá. No estoy acostumbrada a estar tanto tiempo en casa. Usted también debería salir más. ¿Le ha pasado algo?

USTED— ¿Cómo?

ELLA— A ese ciclista, ¿le ha pasado algo?

USTED— No creo. Pero algo pasa con la bicicleta. Parece que ya no va.

ELLA— ¿Qué decía? Lo de la casa. Estoy demasiado en casa, me parece. Atada allí. Encerrada en casa como usted aquí. ¿Me está escuchando? ¿Me está escuchando?

USTED— ¿Sí?

ELLA— ¿Me escucha?

USTED— Sí, sí.

ELLA— Decía: encerrada en casa como usted aquí.

USTED— *(No reacciona.)*

ELLA— Bueno. Ya veo.

¿Qué pasa con el ciclista?

USTED— Se va. Empujando la bicicleta. Creo que es la cadena. Algún problema con la cadena.

ELLA— Bueno. ¿Algo más?

USTED— Me parece que está dejando de llover.

ELLA— ¿Ah, sí?

USTED— El cielo se ve cada vez más claro.

ELLA— Menos gris.

USTED— De un gris más claro. Además, he visto algunas golondrinas.

ELLA— Yo, de todas maneras, tengo el paraguas, pase lo que pase. Por cierto.

Repito. Decía: usted, encerrado aquí como yo en casa.

USTED— ¡Otra golondrina! ¡Rozando con su ala el cristal de mi ventana! Con el ala derecha se ha llevado algunas gotas, dejando esta pequeña raya. Aquí.

ELLA— Me preocupa usted. Pero, antes que nada, me preocupo yo por mí misma.

Estamos solos los dos. Yo en mi casa, y usted aquí. Tenemos que tener cuidado.

USTED— Cuidado. Desde la raya corren abajo algunas gotas. Uniéndose unas con otras, son cada vez más grandes, más rápidas.

ELLA— Cuidado. Mucho cuidado.

¿Le cuento algo de mi marido?

USTED— El ciclista. Las gotas.

ELLA— Le cuento algo de mi marido. Venga.

USTED— Paraguas. Cuentagotas.

ELLA— Por favor, ¿le cuento algo de él?

USTED— Paragotas.

ELLA— Escúcheme.

USTED— Cuentaguas.

ELLA— ¡Tonterías! ¡Escúcheme!

USTED— El ciclistagotas. Allí.

ELLA— Tonterías.

USTED— El ciclistaguas. Un avión.

ELLA— ¿Sabe dónde está ahora?

USTED— Él.

ELLA— Sí. Él.

No está.

USTED— Él.

ELLA— Sí. No está.

USTED— El esposo.

ELLA— Mi marido, sí.

USTED— Y ella

ELLA— Yo

USTED— Su esposa

ELLA— En casa.

USTED— Casada.

ELLA— Cansada.

USTED— Esposada.

ELLA— Encerrada en casa como usted aquí. A él, en cambio, le van bien las cosas.

Le acaban de hacer

USTED— Representante.

ELLA— Representante oficial.

USTED— De una empresa.

ELLA— De una empresa importante.

USTED— Inglesa.

ELLA— Americana.

USTED— De

ELLA— De

USTED— Máquinas.

ELLA— De máquinas.

USTED— De máquinas de coser.

ELLA— Eso.

USTED— De máquinas de escribir.

ELLA— Sí, de cualquier cosa.

USTED— ¡De máquinas calculadoras!

ELLA— Sí, no importa.

USTED— ¡De bicicletas!

ELLA— No, basta. Ya está.

USTED— ¡De paraguas!

ELLA— ¡No! ¡De más cosas no!

Él, ahora, está de viaje.

USTED— En avión.

ELLA— ¡Olvídese de los aviones!

USTED— En barco, en tren.

ELLA— ¡Y quítese eso!

USTED— *(Se quita el antifaz y lleva otro debajo.)*

ELLA— Mi marido ahora está de viaje.

USTED— Como representante.

ELLA— Como representante oficial.

USTED— A nivel nacional.

ELLA— De una empresa.

USTED— De una empresa importante.

ELLA— Americana.

USTED— De una empresa americana de

ELLA— De

USTED— De máquinas. De máquinas de

ELLA— Coser. De máquinas de coser.

USTED— Eso.

ELLA— Sí. Eso. Eso es.

USTED— Ahora sí que ha dejado de llover.

ELLA— ¿Sí?

USTED— Creo.

ELLA— Y ¿qué más?

USTED— El mar. Veo el mar. Gaviotas. La ciudad ha encogido. La veo más pequeña, más desde arriba. Sus calles. Sus casas. Coches. Tranvías. La gente con paraguas todavía. Pequeños puntos negros. Brillantes.

ELLA— El mar.

USTED— Un río plateado. Y más allá, el mar. Resplandeciente. Gris.

ELLA— ¿A qué altura estamos?

USTED— No sé. Alto. Muy alto. No sé.

ELLA— Qué miedo.

USTED— El mar una mancha enorme. Blanca. Gris.

ELLA— Luz de invierno.

USTED— El sol de febrero. Sí.

ELLA— Y ¿barcos? ¿Se ve algún barco allí, en el mar?

USTED— No sé. Tanta luz. No veo.

En el río sí. Pero allí fuera

ELLA— Seguro que los hay. Barcos de pesca. De guerra.

USTED— Todo blanco. Todo luz.

ELLA— Barcos mercantes. Buques de pasajeros.

USTED— Transatlánticos.

ELLA— Flotas armadas.

USTED— Portaaviones.

ELLA— (*Se limita a mirarle seriamente.*)

USTED— Golondrinas. Portagaviotas.

ELLA— Oiga. De una vez por todas: ¡los aviones aún están por inventar!

USTED— Yo ya los presiento.

ELLA— Sí. Nada más mirando por la ventana. Tiene usted tanta facilidad para perder el suelo bajo los pies que es realmente preocupante.

USTED— Ya no veo nada.

ELLA— Usted se olvida con demasiada facilidad de los hechos, de los datos concretos que enmarcan cualquier acontecimiento como si fuera un cuadro. El viaje de mi marido, por ejemplo. Él se fue hace cinco días, es decir el día doce de febrero de mil ochocientos noventa y cuatro. Sábado. A las once y media de la mañana. Y se fue a

USTED— América.

ELLA— Por qué no. A América. Bien. Un hecho que nos llevaría, necesaria e irrevocablemente, a la conclusión de que se fue en barco.

USTED— Naturalmente.

ELLA— Y que aún no ha llegado a ninguna parte, sino que sigue allí

USTED— Flotando allí

ELLA— En medio del Océano Atlántico.

USTED— Envuelto en aquella masa luminosa.

ELLA— Flotando en aguas

USTED— Resplandecientes.

ELLA— Allí está.

USTED— El representante.

ELLA— Vía América.

USTED— Mirando al norte, mirando al sur.

ELLA— Las manos relajadamente apoyadas en la baranda de la cubierta principal.

USTED— Acercándose, de vez en cuando, al puente de mando

ELLA— Mira para delante: América.

USTED— ¡Qué suerte tiene ese hombre!

ELLA— ¡Y qué suerte yo, siendo su mujer!

USTED— Efectivamente.

ELLA— Un marido ejemplar.

USTED— Desde luego.

Y representativo. Bastante representativo.

ELLA— Pero yo

USTED— Ella

ELLA— Su mujer

USTED— En casa.

ELLA— Cansada.

USTED— Frustrada.

ELLA— Sí, un poco triste. No digo que no.

Por cierto. Llegaron ya las cortinas nuevas. Ayer. No sé si le comenté que las había encargado una semana antes de que mi marido se fuera. Ahora ya las tengo. Telas de París con bordados preciosos de Florencia. “La elegancia francesa bordada por la gracia irresistible de Italia”, dijo el empleado. Estoy contenta. Más adelante, vamos a cambiar también las telas de las butacas, y el diván. Entonces ya estaré más tranquila. ¡Es tanto trabajo montar una casa! Y eso que lo teníamos ya prácticamente todo por parte de un tío de mi marido. Pero lo que yo quise, desde el principio, fue dar, por lo menos, un estilo diferente a las cosas; un estilo más particular, más mío. Además, las modas hoy en día

USTED— ¡Ahora sí lo veo!

ELLA— Qué.

USTED— El barco. Un banco de niebla. Y dentro de esa fina niebla, el barco. Su marido

ELLA— Él

USTED— De hecho, en una de las cubiertas. Pero mirando hacia atrás.

ELLA— Hacia nosotros.

USTED— Contemplando el amanecer.

ELLA— Y ¿hay alguien más? Quiero decir

USTED— No. Está solo. Completamente solo con su chistera. Algunos marineros limpiando. Nada más. Y dos que cuelgan en una tabla fuera del buque. Babor. Parece que están pintando el nombre del barco. Me cuesta leerlo. Uno de los marineros lleva un tatuaje en el antebrazo derecho. Un hacha con alas que parte un corazón en dos.

ELLA— A mí no me importaría una infidelidad por parte de mi marido. Es curioso. Pero me gustaría saberlo. Eso sí. Está viajando cada vez más. Sería casi normal que tuviera alguna aventura. Pero, mientras no lo sé, no le salen alas al hacha.

USTED— ¡Ay!

ELLA— ¿Qué?

USTED— ¡El bote de pintura! ¡Qué torpe ese marinero!

ELLA— ¿El que lleva tatuaje?

USTED— No, el otro. Ahora ya no les queda. A ver qué hacen.

ELLA— Y ¿él?

USTED— ¿Él?

ELLA— Mi marido, sí.

USTED— Ah, no sé.

ELLA— ¿Ya no está?

USTED— No. No sé. Se habrá ido. Estaba un momento distraído con lo de los marineros.

ELLA— Ya. Y a mí tampoco me ha escuchado, ¿verdad?

USTED— ¡Oh, sí! Sí, sí. Palabra por palabra.

ELLA— ¿Qué decía?

USTED— Decía que no le importaría que su marido le fuese infiel.

ELLA— ¿Y usted lo entiende?

USTED— No.

ELLA— Yo tampoco.

¿Le puedo confesar una cosa?

USTED— ¿Sí?

ELLA— La que sí es infiel soy yo.

USTED— Ella.

ELLA— Sí, yo. En todos mis pensamientos. En cada uno de mis pensamientos. Usted tiene dos ojos con los que observa muy bien. Demasiado bien, incluso. Pero usted no sabe lo que es esto. Aquí. Un cerebro como el mío. Una especie de intestino enfermo. Inflamado. Aquí. Un tumor maligno. Un virus. Destructivo. Una mala digestión. Un cerebro ciego, capaz de pensar cualquier cosa. ¡Usted no sabe qué es vivir con esto!

USTED— El buque

ELLA— Usted me considera enferma, ¿verdad? Diga. ¿Cree que estoy enferma?

USTED— La niebla se lo tragó.

ELLA— No me extraña. No me extrañaría nada. Con esa especie de

USTED— Ya no lo veo.

ELLA— Fantasías

USTED— Fantasías.

ELLA— Sí. Fantasías estúpidas.

USTED— No. Ya no lo encuentro.

ELLA— No le interesa lo que estoy diciendo, ¿verdad?

¿Oiga?

¡Oiga!

USTED— ¿Sí?

ELLA— ¿Qué está haciendo?

USTED— Nada.

ELLA— ¿Dónde está?

USTED— Qué.

ELLA— Usted.

USTED— ¿Yo?

ELLA— ¡Usted, sí!

USTED— Aquí.

ELLA— ¡No! ¡Estoy sola! ¡Usted me deja completamente sola! Como en casa.

Hablando sola. Con las paredes. Con las cortinas. A lo mejor las cambié por eso, porque las antiguas estaban ya tan llenas de palabras, de sueños, de miedos, de lágrimas, que yo sola ya no las podía mover. Tanto pesaban. Las que tengo ahora son más ligeras y de colores más alegres. Pero ya verá que con el tiempo

USTED— Cortinas.

ELLA— Sí, cortinas. Aquí no hay. ¿Usted nunca ha tenido cortinas? ¿Nunca ha pensado en poner alguna?

USTED— No. Nunca.

ELLA— ¿Y quitarse, en cambio, esa cosa de la cara? Digo: ¡sólo para variar!

Bueno, me voy a controlar. No quería meterme con usted, y no lo voy a hacer.

Pero, la verdad, ¡por lo menos podría hacerme un poco de caso! No pido más.

¿O acaso eso ya es demasiado pedir? No creo. Vamos. Si no, no sé qué hago

aquí. Podría quedarme en casa igualmente. Pensando. Soñando. Bordando

planes para no sé qué futuro. O subirme por las ventanas, por las paredes. Pero

allí, por lo menos, sé donde estoy, y sé que estoy sola y que no tengo esperanza.

Por favor. Quítese eso.

USTED— *(Se quita el antifaz y lleva otro debajo.)*

¿Y ahora?

ELLA— Siéntese usted.

USTED— Yo.

ELLA— Usted. Sí.

Bien.

USTED— Y ¿ella?

ELLA— ¿Ella?

USTED— Sí.

ELLA— No. Cuénteme algo usted.

USTED— Yo.

ELLA— Es curioso. A mí, en realidad, ni me interesa qué se ve por allí. ¿Sabe?

USTED— Nadie se lo pide.

ELLA— ¿Cómo?

USTED— Que nadie le pide que se interese por algo de allí.

ELLA— Ya lo sé. Pero, aun así, siento cierta curiosidad. Es una atracción extraña. No sé.

USTED— Yo creo que estaba más cómoda sentada aquí, como antes.

ELLA— Sí. Y usted allí en la ventana.

USTED— Francamente, sí.

ELLA— No se preocupe. No es más que un juego. Imagínese que yo, yo fuera usted, y usted

USTED— Yo

ELLA— Ella.

USTED— Eso es imposible. A eso no se puede jugar.

ELLA— Vamos. Intentémoslo.

USTED— Y ¿qué quiere que haga?

ELLA— ¿Quién?

USTED— Yo.

ELLA— Ella.

USTED— ¿Estar aquí sentado y quejarme de la vida?

ELLA— ¿Quién?

USTED— Ella.

ELLA— Bien. Está ahí sentada, quejándose de su vida. Por qué no.

USTED— Lo siento, yo no sé jugar a esas cosas.

ELLA— ¿Quién?

USTED— Yo. Ella.

ELLA— Bien, muy bien. Siga. Siga así. Es muy fácil.

USTED— No, ¡eso no lo sé hacer yo!

ELLA— ¡Seguro que sí sabe!

USTED— No.

ELLA— ¡Que sí!

USTED— Bueno, a lo mejor  
A lo mejor hablaría de  
De él.

ELLA— ¿De quién?

USTED— Del marido. De mi marido, ¿no?

ELLA— Muy bien.

USTED— Y, a través de él, de ella.

ELLA— Perfecto. Eso sería perfecto.

USTED— No. Quizás empezaría por  
La casa. Sí, por mi casa. A lo mejor.

ELLA— Sí, mejor. Mucho mejor.  
Siga.

USTED— Mi casa, pues.

La casa o, digamos, lo que era la casa primitiva fue construida por el bisabuelo de mi marido, hace algo más de cien años. En aquel entonces, la familia había adquirido ya varias casas en la ciudad y residía allí. Nuestra casa o, digamos, la que nos pertenece hoy en día a mí y a mi marido había sido pensada para los veranos y para excursiones familiares al pueblo natal de un elevado número de antepasados.

ELLA— Muy bien. Sabía que lo haría muy bien.

USTED— Los más jóvenes sentían una especie de aversión a la casa. La llamaban “el cementerio”. “Vamos al cementerio” quería decir: vamos a aquella casa. Así que se iba cada vez menos y, poco a poco, la cosa degeneró. El jardín quedó prácticamente yermo, el tejado y las contraventanas empezaron a desmoronarse; hasta que un tío segundo de mi marido

ELLA— *(Acaba de quitarle el antifaz de las manos.)*

USTED— Hasta que un tío segundo de mi marido, siendo todavía joven, se enamoró de la casa y la arregló. La familia reaccionó con indiferencia. “Tío Valerio se arregla el cementerio”, decían, y se olvidaban del tema. Aquel tío tenía fama de ser un poco especial. Soltero hasta los cincuenta, se pasó la primera parte de su vida estudiando, la segunda con las reformas de la casa y el jardín. Nadie de la familia tenía interés en lo que hacía y, según parece, nadie lo visitaba.

ELLA— *(Se ha puesto el antifaz y comienza a acercarse a la ventana.)*

USTED— Eso hasta que llegó el día de su boda. Si ya era algo raro que un hombre de su edad de pronto se casara, más rara era la mujer que había elegido. Era una mujer que vivía en el pueblo de al lado y con la que, como se supone, había mantenido una relación secreta durante años. Era de  
Era extranjera. No recuerdo de dónde era. Polaca. Rumana. De por allí. Decían que se había quedado viuda de su primer matrimonio. Tenía casi treinta años menos que el tío y  
¿Por qué cuento todo esto?

ELLA— Qué linda, la casa.

USTED— Ah, sí. La boda. El día de la boda, el banquete tuvo lugar en casa del tío. Estaba toda limpia y decorada. Impecable. Y así la familia se enteró por vez primera, de cómo, a lo largo de los años, había cambiado lo que, hasta aquel momento, se había llamado “el cementerio”. Y puesto que, a partir de entonces,

existía el peligro de que, en caso de muerte del tío Valerio, la casa se quedara en manos de una desconocida extranjera además, toda la familia empezó a preguntarse quién, por ley y tradición, era el verdadero dueño de aquel magnífico edificio.

ELLA— La casa, en realidad, no es tan espectacular. Lo es, sobre todo, el jardín.  
Parece un pequeño parque.

USTED— Así que en la misma boda empezaron ya los rumores y, de hecho, el tío Valerio no duró mucho. Murió, amargado, pocos años después. Incluso se les había llegado a acusar a él y a su mujer de la muerte del primer marido de ella. Por línea directa, el dueño legítimo del complejo era mi suegro; de eso no cabía duda. Y así, y a través de interminables discusiones con sus tres hermanos, la casa llegó a manos de mi marido y mías.

ELLA— ¿Sí?

USTED— Sí.

ELLA— Hay un niña jugando en el parque. Veo una niña de tres o cuatro años.

USTED— Mi hija. Y la de mi marido, claro.

ELLA— Parece estar un poco sola.

USTED— No tiene hermanos; su padre está cada vez más ocupado por su trabajo —le acaban de hacer representante, representante oficial de una empresa inglesa—

ELLA— Americana.

USTED— Y yo

ELLA— Ella

USTED— Tampoco tengo mucha relación con la gente del pueblo, que es gente más bien cerrada. Así que

ELLA— Qué triste, ¿no?

USTED— ¿Para la niña?

ELLA— Sí. Y para la madre también.

USTED— Sí y no. A partir de cierta edad uno pierde el derecho a ser feliz, eso lo saben hasta los niños. Cuando un niño no es feliz, es una tragedia. Un adulto, sin embargo

Pues, mire: que se busque la vida.

ELLA— ¿Lo ve así?

USTED— ¿Quién?

ELLA— Ella. La madre. ¿Lo ve así?

USTED— No, no creo. No lo sé.

ELLA— Pues, es un pensamiento válido. ¿No?

USTED— ¿Sí?

Sí, quizá. No sé.

¿Qué está haciendo?

ELLA— ¿Yo?

USTED— Mi hija.

ELLA— Está en medio del prado, detrás de la casa. Tiene una olla grande con tierra y agua.

USTED— Y lombrices.

ELLA— Lombrices.

USTED— ¡Le encantan! Las echa a la olla y prepara un plato con tierra y hierba y hojas secas. Si las encuentra, añade también unas setas o raíces; hormigas, algún pájaro muerto, un sapo o algo por el estilo.

ELLA— Qué asco.

USTED— En verano, en cambio, se inclina por una dieta más ligera, basada en saltamontes sobre todo.

ELLA— Ahora está mirando hacia aquí. No nos puede ver, ¿verdad?

USTED— Saltamontes con moras.

ELLA— ¿Qué mira? ¿Pero qué mira, si no nos ve?

USTED— Saltamoras y montes.

ELLA— Sigue mirando.

USTED— Y tierra, que forma la base de toda su cocina.

ELLA— ¡No para de mirar!

USTED— Agua y tierra.

ELLA— Sigue. Sigue mirando. No me gusta. No me gusta cómo mira. ¡Igual que su padre! ¡La misma mirada! ¡La misma manera de mirar!

USTED— Como él.

ELLA— Igual.

USTED— Como el representante.

ELLA— Igual que él.

¿Qué miras? Di.

De su madre no tiene nada. El pelo, sí. El pelo y la constitución física. Los huesos, vamos.

¡Ahora ha salido una chica con cofia y delantal!

USTED— Concepción.

ELLA— Ha cogido la olla, la arroja al bancal. Levanta a la niña del suelo y la toma en brazos. Se la lleva. Se la lleva a casa. Sí. Entran. Han entrado. Ya está. La niña seguía mirándome todo el camino.

USTED— (*Echa un vistazo fugaz a su reloj de bolsillo.*)

ELLA— ¿Qué es eso?

USTED— ¿Qué pasa?

ELLA— ¡No sé! ¿Qué es eso? ¡Allí! ¡Eso! ¿Qué es?

Ha oscurecido. ¡Ha oscurecido a una velocidad increíble! El parque ya apenas se ve. Concepción está en la cocina. ¡Pero allí donde ha arrojado la olla, todo está revuelto y moviéndose! ¡Allí hay un charco y miles de bichos dando vueltas! ¡Qué asco! ¿Qué es eso? ¡Eso ya no son lombrices! ¡No sé qué son! ¡Serpientes enormes o anguilas! ¡Y hay gente con antorchas que se acerca desde el bosque! Tres, cinco, seis, ocho, ¡ocho hombres que se acercan desde allí! Pasan por detrás de las serpientes, se desvían para no tropezar con ellas. Parece que están matando algunas. Y siguen, ¡siguen avanzando hacia la casa! No sé quiénes son, ¡no tengo ni idea de quiénes son! Ahora: Concepción. ¡Concepción acaba de abrirles la puerta! ¡Como si los conociera! No entiendo. ¡No entiendo cómo puede abrirles la puerta! Y entran, entran todos. ¡Han entrado todos con sus antorchas encendidas! No lo entiendo. ¡Ahora ya no entiendo nada!

USTED— (*Se ha acercado e intenta discretamente captar algo de lo que Ella está viendo.*)

ELLA— Han desaparecido el charco y las serpientes. Concepción está en la cocina de nuevo y las luces están encendidas en toda la casa. Concepción trabaja mucho, como si estuviera preparando una fiesta. Está también la niña; Concepción la manda por algo. Pero no son las luces lo que ilumina la casa, ¡la casa arde!, ¡arde por dentro! ¡Se ven llamas!, ¡llamas por todas partes! ¡Llamas en todas las habitaciones! ¡Pero sólo dentro, en el fondo de las habitaciones! ¡Mira!, ¡allí!, ¡vuelve la niña, saliendo de una pared de fuego! ¡Como si nada! (*Se arranca el antifaz de la cara y lo devuelve a Usted.*) ¡Ya está bien! ¡Eso es absurdo!,

¡completamente absurdo! Además, ¿sabe qué le digo? ¡Que se queme! ¡Que se queme esa casa! A mí, ¡qué me importa! ¡Qué me importa que se queme esa casa!, ¡la casa y la niña y el parque y todo! A mí, ¡qué me importa! ¡Qué me importa que se queme todo eso! ¡Qué me importa! ¡Qué me importa! ¡Qué me importa! ¡Qué me importa! ¡Qué me importa! ¡Qué me importa! A mí, ¿qué más me da? ¡Que se queme! ¡Que se queme la casa! ¡Que se queme todo! ¡Qué más me da!

Que se queme la casa. Que se queme esa especie de

¡Le juro que me encanta!, ¡la casa, el jardín y todo! Pero la verdad es que a los que lo llamaban cementerio tampoco les faltaba razón. Quedan incluso algunos que siguen llamándolo así. Son pocos, pero los hay.

No sé qué me pasa. Perdona. Perdona usted. Yo no sé. Yo no sé qué me pasa. Le juro que no lo sé. ¡Tengo una vida tan fácil! ¡Una casa tan bonita!, ¡una hija sana y monísima!, ¡un marido realmente fantástico!, ¡y Concepción que me ayuda en todo y que es muy agradable y simpática!, y

Es que, hay algo que no me funciona. O algo que ya no funciona en general.

Todos viven su vida. Cada uno por su cuenta. Independientemente de mí.

Incluso mi hija. Será verdad que está un poco sola. Pero ella, de carácter, es algo solitaria también. Le encanta el jardín y, a veces, cuando la veo jugando allí, me estremece sentir ese pacto secreto que hay entre ella y el parque, entre ese ser pequeño y su mundo. Eso es algo muy fuerte y convincente, ¿sabe? Creo que los niños siempre sufren por algo, y no voy a negar que ella, hasta ahora, haya estado algo más abandonada a sí misma que otras niñas de su edad. Pero, aún así, la veo muy bien. La veo muy hecha ya. Ella ya es algo concreto; con su fisonomía, su carácter, su destino determinados. A lo mejor, no tiene mucho carácter, pero lo que sí tiene es mucha personalidad. Poco encanto, pero mucha personalidad. Y en Concepción veo algo parecido, y en mi marido, y en la mayoría de la gente. Sólo yo, ¡yo no sé quién soy y qué es lo que me impide estar! Estar y amar. Amar y aceptar. Aceptar. Hasta los cementerios. Yo, lo que tengo sobre todo, es carácter. ¡Y no tengo un carácter fácil, eso ya lo sé! ¡Pero lo que tampoco me parece justo es que me tenga que sentir culpable y condenada por eso para siempre! ¡Yo no aguanto tanta soledad! ¡No la aguanto para nada! Lo siento. Yo no soy así. No soy así. Simplemente.

Lo siento. Yo soy fuerte cuando me miran. Cuando me dejan de mirar, pues mire, ya ve

Un desastre.

No sé. Tal vez, exagero. Estoy exagerando. No sé.

Lo cierto es que nadie me echa la culpa, soy yo quien estoy tirando piedras contra mi propio tejado. No sé por qué. Tampoco soy tan mala. Lo que pasa es que soy la única que sabe de esos pensamientos negros que me invaden de cuando en cuando y que van adquiriendo cada vez más poder sobre mí. De eso no hablo con nadie. A veces pensaba contárselo a mi marido, él es la persona con la que más confianza tengo. Desde luego. Pero él es también la persona que más implicada está en este asunto. Le podría hacer mucho daño, eso está claro. ¡Y yo lo quiero!, ¡lo quiero muchísimo! ¿Qué interés debería tener yo en hacer daño a una de las personas a las que más cariño tengo en este mundo?

¡Ninguno! ¡Eso sería totalmente absurdo e injusto, para él tanto como para mí!

Lo que pasa es que, a veces, a veces siento una rabia dentro de mi alma, una rabia que abarca más que mi propia vida. Es una rabia de siglos, de milenios, la que siento. Él, él es tan fuerte, ¿sabe?, está tan bien preparado para la vida, que yo, yo a su lado, ¿cómo me voy a sentir? No es que me falte respeto por mí misma, usted sabe que yo me quiero más que a nadie. No es eso.

Él es como un hermano para mí. Empezando por ser mi amante, pasó a convertirse en mi marido, y ahora, al cabo de no sé cuantos años, lo siento como un auténtico hermano. Pero creo que, si ya somos hermanos, debería haber algo más de complicidad, un poco más de igualdad entre nosotros. ¿No? Quiero decir que deberíamos haber tenido posibilidades similares, por lo menos en cuanto a nuestra educación. Pero yo, hace demasiados siglos ya que estoy educada para ser, sobre todo, la esposa de alguien; y él, para ser el cabeza de alguna familia. Y los dos cumplimos con nuestros papeles; nada menos, y nada más. Porque más allá de estas normas, ¿qué hay? ¡Le juro que me repugna pertenecer a un siglo tan puritano e hipócrita como el nuestro, pero sólo de pensar en el que viene tiemblo de terror!

Usted, ¿qué siente? ¿No le da ningún miedo pensar en el siglo que viene? ¡El siglo veinte! Imagínese solamente el número: ¡veinte! ¡Dos mil años! Dos milenios que han pasado desde el nacimiento de aquel ser que vino al mundo

para cambiarlo todo. ¡Haría falta otro nacimiento como aquel, otra persona con tanto carisma y criterio como tenía nuestro Salvador! ¡Alguien que nos advirtiera de nuestros propios avances, de nuestra degeneración! ¿No cree usted? Yo sí. En serio, yo, yo soy la primera en reconocer que tiemblo por la rabia que siento latir en mis venas. ¡Yo temo esa capacidad de inventar cualquier cosa para, inmediatamente después, romper con todo lo recién establecido! Me da miedo tanto poder de imaginación, con un carácter destructivo como el mío. Lo temo igual que al tiempo que nos ha tocado vivir. Sí, estoy asustada. Confieso que lo estoy.

No sé si usted concibe en toda su envergadura lo que acabo de decir. Me temo que no. Lo que he dicho significa que somos víctimas y, por lo tanto, inocentes. Usted tanto como yo, y yo tanto como usted. Víctimas de nuestra época, de nuestros genes, etcétera. Que no somos libres todavía y que no lo seremos jamás. Y que eso, en realidad, es nuestro único consuelo. En eso somos iguales todos, indistintos el uno del otro. Usted y yo, y mi hija, mi marido, el tío Valerio, Concepción: todos. Le juro que he hecho lo que he podido para luchar contra mi carácter, y para no dejarme llevar por el remolino de nuestro tiempo. ¡Y no es poco lo que conseguí! Durante años, prácticamente hasta el éxito profesional súbito y algo inesperado de mi marido —hasta que, de pronto, le hicieron representante de una empresa americana de primerísima fila— hasta entonces, pues, vivía convencida de que mi felicidad dependía sólo de mi propio juicio. En él confiaba. En él me apoyaba con firmeza. Y, sin tener muy claro qué era, en realidad, lo que buscaba, sabía muy bien, que me merecía “lo mejor” —signifique lo que signifique—. Era mi voluntad la que me guiaba. Recuerdo, por ejemplo, que, durante esa época, tenía un sueño que se repetía continuamente. Soñaba que iba en avión, yo sola, acompañada por nada más que

USTED— ¿En avión?

ELLA— Sí, bueno, era una especie de aparato pequeño que utilizaba, un aparato que respondía perfectamente a las órdenes que le daba en forma de pensamientos, como si fuera parte de mi propio cuerpo; de manera que me permitía elevarme del suelo, algo que, por lo visto, no estaba al alcance de ningún otro ser humano. Sólo al mío.

Poco a poco me acostumbré a estos vuelos y a esa especie de mezcla entre sorpresa, admiración y envidia que causaban entre la gente. Me acostumbré y, más que disfrutar de mis continuas escapadas volantes, empecé a sufrir el efecto de una absoluta soledad a la que me exponían por sentirme diferente. Así que, poco a poco, dejé de utilizar esa capacidad mía de irme por las nubes, y aquel sueño desapareció. Sin embargo, lo que seguía practicando aún en la vida real era dejarme guiar por mis ideas y pensamientos. Tenía las cosas más claras que nadie, la confianza en mi juicio era total. Conseguía convencer o, por lo menos, hacer dudar a cualquiera. Las contradicciones tampoco me preocupaban, puesto que la fe que tenía en mi misma era lo suficientemente sólida como para admitir que me había equivocado, y no vacilaba en defender con la misma energía posiciones, de hecho, incompatibles con las que antes había sostenido. Y fíjese que aún así, a pesar de los continuos cambios de opinión, llegué a ciertas conclusiones más duraderas que me llevaron a luchar, durante años, por la casa del tío Valerio, y a mi propia boda.

Lástima que entonces aún no nos conociéramos, usted y yo. ¡Me hubiera encantado que viera mi boda! Le habría dado un asiento de honor; al lado de mi tía Margarita, por ejemplo. Oiga, en serio, no lo digo por vanidad, pero yo, yo que he visto ya tantas bodas diferentes en mi vida, creo sinceramente que la mía fue algo especial. La preparé durante casi dos años. ¡E imagínese que llegué a tal extremo que fui a ver, poco antes del día de mi boda, a casi todos los invitados, uno por uno, para averiguar qué ropa iban a llevar y, si era necesario, incluso influir en ellos con pequeñas sugerencias y consejos! Tan loca estaba. Me preocupaba, sobre todo, el conjunto, el impacto que iba a tener mi boda en su totalidad. Y, junto con la suerte increíble que tuvimos con el tiempo, el efecto que tuvo fue, de hecho, tan contundente que nadie, hasta hoy, recuerda ninguna boda que fuera tan sólo comparable a la mía. Fue un sueño que perseguí y que llegué a realizar gracias a mi voluntad y constancia. Sí, realicé un sueño, viví esa fantasía de niña pequeña, ese ideal absoluto y puro que nos es implantado desde el momento en que nacemos. Con su crujir de telas elegantes, con sus perfumes —tan sólo tú vestida de un blanco impecable—; después, la ceremonia religiosa, la salida de la iglesia, las risas, las felicitaciones, las copas de cristal de Bohemia, las miradas envidiosas

Sí. Todo eso. Todo aquello que una ya no se cree, pero que tampoco deja de tener efecto por eso. Un sueño realizado. Un sueño acabado. Y se acabó pronto. Siento decirlo, pero es así. Mi marido entonces trabajaba en una empresa pequeña, de la que era el responsable de

Por favor, ayúdeme. ¿Qué era aquello de lo que él se ocupaba en esa empresa?

USTED— ¿Perdón?

ELLA— ¿La contabilidad?

USTED— ¿Contabilidad?

ELLA— ¿Sí? ¿O era la distribución lo que llevaba entonces? Sí, ¿no?

Bueno. La distribución, pues. Mi marido entonces era el responsable de todo lo relacionado con el tema de distribución de una pequeña empresa del metal.

USTED— Metalúrgica, entonces.

ELLA— Metalúrgica, exacto. Fue un trabajo que nunca acabó de convencerle. Sin embargo, ¡yo le recuerdo tan feliz siempre, en toda aquella época! ¡Se levantaba por las mañanas cantando, y cuando nos íbamos a la cama todavía se reía, hacía bromas, me abrazaba y me susurraba al oído lo feliz que era! Mientras yo —no sé cómo decirlo— pero para mí, eso le restó parte de su belleza. Rápidamente. Es triste decirlo, pero es la verdad. A mí, ya poco después de nuestra boda, todo el encanto y misterio que él antes había tenido para mí, se vino abajo. Contemplar día tras día su cara de niño feliz, escuchar cientos de veces uno de sus juramentos de amor y fidelidad eterna, todo eso me causaba náuseas y, a la larga, lo siento, pero hasta casi me daba asco. Un día, por ejemplo, me trajo un pequeño ramo de flores. No era ni mi cumpleaños, ni mi santo, ni nada por el estilo. Pues, de pronto, está ahí con ese ramito de flores blancas y azules, y con esa sonrisa suya de entonces. Y me doy cuenta de cómo mi propia cara se desfigura completamente, acabando, durante unos segundos, en esa misma máscara sonriente y absurda. Y, huyendo de la profunda vergüenza que me inunda al instante, me abrazo rápidamente a él, le beso, me doy la vuelta y voy corriendo por los pasillos hasta mi habitación, donde tiro el ramo hacia la cómoda y me echo encima de la cama, llorando.

El ramo tardó meses en reaparecer detrás de la cómoda, donde se había caído. Concepción, haciendo limpieza, lo sacó: medio aplastado, marchito, seco, y polvoriento. Ella me lo enseñó; y yo lo cogí, y, por primera vez desde hacía

mucho tiempo, todo mi ser se relajó de repente, y la rabia que tenía acumulada en mi alma se fue por unos instantes. De golpe miré ese pequeño ramo de flores marchitas con infinita ternura y tristeza, como si toda una parte de mi vida se me revelase en él. Lo metí en una caja donde guardo los objetos de mi infancia más queridos. Y fue entonces cuando empecé a soñar de nuevo. Cuando empecé a soñar con otros hombres. Sí. Con cualquier otro hombre.

Eso, en realidad, es todo lo que tengo. Mis fantasmas. Mis fantasías. Al principio, me sentía profundamente culpable por el placer que me producían. Pero después me tranquilicé, diciéndome: “Mira, no seas tonta: tu marido, en el fondo, no te necesita. Él va por su camino, contigo o sin ti. De ti depende solamente el grado de su felicidad. Nada más. Según cómo te comportas tú, él está más o menos feliz.” Hacía tiempo ya que le veía triste y preocupado; pero él seguía yendo por su camino, a pesar de todo. Hasta ahora mismo, que está viajando a América. Y mi hija tampoco me necesita tanto. Concepción la cuida mucho, la trata como una auténtica madre. Lo hace incluso mejor que yo, lo reconozco. Y no creo que tenga mucho sentido, que dos mujeres dediquen su vida a una sola niña, ¿no?

A menudo me dicen: “Y tú, ¿por qué no tienes más hijos?” Tampoco lo sé. No es que no me gusten los niños; sin embargo hago todo lo posible para no quedarme embarazada de nuevo. Lo evito como si fuera una enfermedad. ¿Entiende lo que quiero decir? Como si fuera una trampa.

No sé. ¿Le cuento una de mis fantasías?

Mire. Estoy en casa. Estoy sola en casa. Mi marido está en el trabajo, y Concepción se ha ido al pueblo para hacer la compra y se ha llevado a la niña. Bien. Estoy sentada, haciendo no sé qué cosa; hojeando una revista, haciendo ganchillo, o lo que sea. Al rato, siento la necesidad de levantarme y acercarme a la ventana. No es nada determinado lo que me llama la atención; no, sigo simplemente un impulso, una mezcla entre temor y deseo que me invade paulatinamente, y que me lleva a dejar de lado lo que tenía entre manos. Me levanto y miro por la ventana. Así empiezan casi todas mis fantasías. Aparto un poco la cortina y veo el parque. Nada especial. Pero yo sé que hay algo, algo que me inquieta —algún susurro de hojas, el chasquido de una rama—, así que sigo observando sobre todo los límites del parque. Hasta que

llego a reconocer el contorno de una persona en medio del follaje. Es un hombre que está intentando abrirse camino en dirección al prado y que, después, comienza a avanzar hacia la casa. Es de complexión grande y fuerte, está jorobado, arrastra una pierna, y se le ve sucio, muy sucio, vestido con ropa medio deshecha y con botas. Cuando está más cerca, se ve que se trata de un soldado, y que la joroba, en realidad, es una mochila, y que anda muy encorvado, sujetándose la barriga con un brazo. Está lleno de barro y sangre. Y más allá, detrás de las cimas oscuras de los bosques, se ve humo y se oyen disparos. ¡Voy corriendo hacia la puerta y espero los dos golpes secos que él con sus botas dará en ella!

Abro. No se oye nada. Está allí. Ni habla, ni se oyen más disparos. Sólo esa mirada. Verde. Azul. De la mano que agarra la herida caen grandes gotas de sangre. Otra vez esa mirada lúcida. Más allá del miedo. Más allá del sufrimiento. La cara llena de barro, ceniza, sudor y sangre. Abro más la puerta. Entra. No dice nada. Sólo se oyen los pasos pesados de sus botas. “¡Espere!”, digo, cierro la puerta y lo llevo a la habitación pequeña al lado de la escalera; al instante, traigo varias mantas, las echo encima de la mesa, le ayudo a tumbarse allí y voy por agua. Cuando vuelvo con la palangana llena de agua caliente y con las toallas, veo que ha perdido el conocimiento. Le desabrocho la chaqueta y la camisa; la camiseta la abro cortándola con unas tijeras de abajo a arriba. Bien. La herida la lavo cuidadosamente, la abro y saco varios cascos de granada. Más allá de la herida no veo nada. Ese soldado, lo único que tiene para mí en esos momentos —para mí, para él, y para todo el mundo— es esa herida sangrienta y profunda. La desinfecto. La cierro cada vez más, hasta que consigo taparla con un poco de algodón y cera.

Antes de seguir, enciendo la chimenea y cambio el agua y las toallas.

Supongamos, pues, que, mientras tanto, haya oscurecido y que sólo las llamas de la chimenea flagran por las paredes y el techo de esta pequeña habitación. Supongamos eso. Sí. Y que el aumento de temperatura y el trabajo que tengo con ese hombre, quitándole las botas y cortando cada vez más trozos de su uniforme, me obliga a quitarme también a mí una u otra prenda. Apenas me doy cuenta de eso, tan sumergida estoy en mi trabajo, y puesto que él todavía no ha recuperado el conocimiento, no me preocupa la situación.

Le quito el sudor, el barro, la sangre. Le curo otra herida en la pierna. Parte de su ropa la echo directamente al fuego. La habitación se llena de olores fuertes, olores a ropa quemada, sudor, excrementos y orina. Le lavo primero la cara y los pies enormes. Después cambio el agua y le lavo los brazos y las piernas. Cambio otra vez el agua y le lavo el resto del cuerpo. Traigo sábanas y una almohada. Le tapo. Estoy agotada. Agotada y sudorosa. Traigo más agua caliente y me lavo también. Me lavo las manos, la cara, los brazos y los sobacos. Empiezo a tener frío. Cojo un chal y me tapo los hombros. Y me siento en una silla, al lado de mi soldado. Lo miro. Tiene la cara inclinada hacia un lado, un brazo encima de la sábana, cubriendo su ancho pecho. Y el juego de las llamas alrededor, y el crepitar de la leña, y

Un anillo en su mano me llama la atención. Me levanto y se lo quito, pensando encontrar quizás algún nombre grabado en él. Pero sólo hay tres letras y una fecha: efe, a, ese, seis de marzo de mil ochocientos setenta. Se lo vuelvo a poner. Y me quedo de pie y sigo mirando esa mano fuerte encima del blanco lienzo. Y el anillo de oro. Y, de pronto, noto como todo mi cuerpo se vuelca hacia la puerta, que mi mano agarra el picaporte para salir, pero, ¡en ese momento oigo que alguien vuelve a casa! ¡Y, en vez de salir de la pequeña habitación, lo que hago, instintivamente, es poner el pestillo y quedarme encerrada yo con aquel desconocido! ¡Mi pobre corazón está completamente fuera de sí!

Bueno. Estoy en la puerta, apoyada de espaldas a ella, mientras oigo pasos fuera, en el vestíbulo. Los pasos se alejan. Habrá sido mi marido. Levanto la mirada y miro tímidamente ese cuerpo, yacente allí en la mesa, tapado con una sábana blanca, en medio de una habitación en llamas. Y me doy cuenta de que la cara, que antes tenía inclinada hacia mí, ahora la tiene inclinada hacia el otro lado. Hacia la pared. ¡Durante unos momentos, me quedo paralizada! Después me acerco, le sujeto la mano con la mía y, con tiento, me inclino sobre él para verle la cara. No parece que se haya despertado. Me enderezo de nuevo y veo mi mano encima de la suya; la diferencia de tamaño, de forma, del color de la piel. Y, sin querer y con el corazón latiéndome hasta la garganta, empiezo a acariciar esa mano fuerte y tosca. Primero la mano, después la muñeca, el brazo, y, después —ya con ambas manos— su amplio pecho, y el cuello. Él no se inmuta.

Así que sigo, pasándole las manos por la cara y el cabello. Nada. Él sigue inmóvil. Me alejo un momento de él y echo más leña al fuego. Oigo que Concepción y mi hija acaban de volver también. Están conversando en el vestíbulo antes de entrar en la sala. Un haz de leña explota en el fuego. He vuelto. Estoy otra vez ahí, al lado tuyo. Te pongo una mano en el pecho, la otra en la barriga. No las muevo. Inclino la cabeza hacia atrás y miro al techo, donde las luces y sombras reanudan su baile fatal. Me quedo un tiempo así, viendo máscaras de diablos, ángeles, duendes, dioses. De pronto, mi mano izquierda se pone en mi cuello, se desliza un poco hacia abajo, me abre la blusa y me saca un pecho por debajo del chal. Después vuelve a su sitio y yo sigo mirando al techo. Las muecas me miran con sus bufonadas efímeras, llenas de sabiduría, ironía y alegría del mal ajeno.

Noto cómo mis manos se separan más la una de la otra, yéndose hacia tu pierna y tu hombro; hasta que mi mejilla roza el lienzo. Me relajo y, durante unos segundos, quedo con la cabeza suavemente apoyada en tu barriga, cerca de la herida. Veo mi brazo encima de tu pierna. Giro la cabeza y miro mi mano encima de tu hombro. En este momento, tú giras la cabeza, la levantas un instante y me miras con tus ojos claros, llenos de agotamiento y sorpresa, llenos de tristeza y una indiferencia infinita. Dejas caer la cabeza hacia atrás, girándola hacia la pared como antes; mientras, tu mano se acerca a mi cara, se pone en ella, tapándome todo el rostro. Siento los latidos violentos de tu corazón. Siento la sangre correr por tus venas. Siento todos los líquidos debatirse por tu cuerpo, y por el mío. Y siento, detrás de mi cabeza, tu sexo erguirse paulatinamente. Pongo, suavemente, mi mano encima.

Fuera se escuchan pasos y voces, que ya han dejado de tener poder sobre mí. Se acercan y se alejan, mientras mi mano, por encima del lienzo, ayuda a hacer crecer un gozo ya indiscutible. El fuego de la chimenea deja de llamear y desprende su aureola rojiza de ardor. Giro la cabeza de nuevo, y me quedo con la cara cerca, muy cerca de tu sexo, imaginándomelo entrar, penetrar, violar, mientras una de mis manos busca tu cara apartada; la otra, a la sombra, acaba de abrirse camino, acariciando tu pierna por debajo del velo, subiendo lentamente por la cadera, yendo, como por instinto propio, hacia el centro, donde las puntas

de mis dedos se acercan cada vez más al origen de unas gotas espesas que encuentran en su camino.

Eres tú quien levanta el velo. Con un movimiento rápido y violento tiras de la sábana. Otra mano me revuelve el cabello, me empuja hacia delante, y me obliga a permitir que este falo húmedo y monstruoso se acaricie entre mis dientes. Tu cabeza, arriba, da desesperadas vueltas, exhalando largos suspiros. Tu mano busca mi cuello, mi espalda. Siento un ardor entre mis piernas que se vuelve insoportable.

¡Alguien está en la puerta! ¡Alguien procura entrar! Será mi marido. No sé. ¡Golpes y voces, mientras yo, quitándome los zapatos, las medias y las calzas, me subo rápidamente a la mesa! Me siento encima de ti, cubriéndote hasta el pecho con mis enaguas y mi amplia falda. Siento tu sexo férvido entre mis piernas. Tus manos me quitan el chal y me descubren el otro pecho. Los miras. Me dejo bajar hasta tu boca y nos damos un largo beso; mientras abajo, entre mis labios mucosos, te siento, suave y lentamente, entrar en mis entrañas. Siento tu batalla fuerte y constante. Intento ahogar tus cálidos gemidos, primero con besos, después con la mano. Detrás de la puerta siguen los gritos y los golpes; mientras yo misma me derrito en lamentos largos y desesperados de un placer ya insostenible.

Después de un tiempo jadeando violentamente, me tranquilizo poco a poco, y, volviendo a una realidad algo más verosímil, de repente me doy cuenta de que es pronto por la mañana y que no estoy en ninguna mesa, ni con ningún desconocido; sino en la cama como siempre, donde acabo de hacer el amor con mi marido. Y que los gritos y los golpes vienen del parque, donde el jardinero y su ayudante están podando los manzanos. Y le sonrío a mi marido y le acaricio la mejilla, mientras los ojos se me llenan de lágrimas; lágrimas que fácilmente se confunden con las que, a veces, brotan tras haber gozado demasiado.

Y le miro a él, a mi marido, mientras está acabando —la cara desencajada por el placer, la boca abierta, sus malos dientes, su pelo ralo y desgredado, sus manchas rojizas de la piel, su pecho estrecho— así te miro, así, a través de un telón de lágrimas, pero con una frialdad y crueldad tan asombrosas que se me rompe el corazón. Soy un monstruo. Yo. Soy un monstruo. Un monstruo. Y lloro y lloro y no paro de llorar. Llorando por mí, por sentirme monstruosa.

Me dejo caer hacia delante, apretando mi rostro contra la sábana. Te oigo cobrar aliento. Noto tu retirada palpitante de mi vientre, bañado por nuestras aguas frondosas. No lloro. Ya no lloro más. Estoy tranquila. Giro la cabeza hacia la ventana, donde contrastan las cimas oscuras del bosque con el resplandor del alba. Oigo a los dos hombres trabajar abajo en el parque. Sus voces. Los golpes del hacha y el sonido de una sierra. Y, de pronto, lo veo claramente. Veo que, en el fondo, poco depende de mi voluntad, y menos aún de mi juicio; sino que al contrario, que hay algo que me juzga, algo que me condena para siempre; una especie de sentencia secreta que alguien ha dictado sobre mí. Cadena perpetua. En cadenas siempre. Encerrada en mí y en mis fantasías. Y no sé por qué. Será por

No sé. Por no saber amar, me imagino. Por no saber decidir. Y, durante unos instantes, veo de nuevo el cielo oscuro y nubes de humo, y me acuerdo de haber soñado con la guerra. De un soldado herido y de otros con antorchas. Y me vuelvo a sentar, reanudando mi labor de ganchillo, mi lectura de revista o lo que estaba haciendo. Pronto volverá la pequeña, me imagino, y Concepción, y mi marido.

¿Oiga?

USTED— ¿Sí?

ELLA— ¡Qué susto!, de golpe me parecía que se había ido.

USTED— No, no. Aquí estoy.

ELLA— Ya.

Por favor, ahora diga algo usted. Yo estoy agotada ya de tanto hablar. Todo el tiempo sola además. Y, por favor, por última vez: quítese eso de la cara.

Por favor. Se lo pido.

USTED— (*Se quita el antifaz y lleva otro debajo.*) El tiempo está mejorando.

Sensiblemente.

ELLA— Qué bien.

USTED— Sí. Primero agua, y ahora sol.

ELLA— Está bien.

USTED— Primavera, casi.

ELLA— Ya.

USTED— Pues

Pues, ahora, hacia el final

ELLA— ¿Sí?

USTED— Mientras ella estaba acabando su monólogo

ELLA— Mientras yo ¿qué?

USTED— Al final, mientras estaba hablando

Veía

ELLA— Qué. Qué veía.

USTED— Veía

Humo también. Un campo de batalla. Tanques. Cañones. Carros blindados. Flotas armadas allí en el mar. Submarinos. Aviones en llamas caían como moscas de una lámpara. Y en medio de esa batalla atroz y sin sentido, veía a un soldado que se tambaleaba entre los cuerpos yacentes en el barro de aquel paisaje, sujetándose una profunda herida en el vientre. Tropieza de nuevo con un pelotón de soldados enemigos. Lo llaman. Levantando las manos ensangrentadas hacia un cielo despejado, él se detiene. Uno de los del pelotón dispara al aire, saca un cigarrillo y lo prende. Riéndose, él y los demás deciden dispararle por turno, una bala cada uno. Las primeras las tiran al aire, acorralando cada vez más a su blanco. Hasta que una bala lo alcanza en el hombro. Otra le entra por la mejilla, haciéndole estallar dientes y parte de la mandíbula. Cae con media cara destrozada, arrojando un flujo oscuro, burbujeante.

ELLA— La guerra.

USTED— Otro del pelotón se acerca y le clava medrosamente la punta de la bayoneta en los riñones. Después, se abre la bragueta y, entre las risotadas de los demás, riega a chorros el cadáver. Acaba orinándole la cara, donde su río fosforescente se agota en aquel pozo rojo, lleno de espuma. Algo más tarde, aquel pelotón sería alcanzado por un mortero. La mayor parte moriría en el acto.

ELLA— Está bien, no quiero saber más.

USTED— Después veía cómo una casa señorial era alcanzada por un cañón. Salían, espantadas, una chica con delantal, una mujer vestida de blanco, y una niña de tres o cuatro años. Dos hombres que estaban trabajando en el jardín intentaban apagar el fuego. En vano. La casa finalmente se quemó.

ELLA— He dicho que

USTED— Un barco civil, fuera en el Atlántico, es alcanzado por un torpedo.

ELLA— He dicho que no

USTED— ¡No habrá supervivientes!

ELLA— Por favor: ¡he dicho que basta!

USTED— Después, durante un tiempo, cesaron los combates y se veía un mar de banderas. Gente que se subía a tribunas, saludando con el puño cerrado o con el brazo extendido. Y se veían desfiles militares de proporciones singulares, organizaciones de masas y materiales realmente impresionantes. Y entonces veía otra guerra, sin comparación con la primera. Un fuego artificial de dimensiones nunca vistas, formado por petardos insólitos. Y los he visto estallar todos, hasta los últimos que eran los más apasionantes. Y esta vez, cuando el humo se levantaba, se veían ciudades devastadas, y miles, millones de muertos.

ELLA— Pero entonces

Ahora, qué.

USTED— ¿Ahora? Nada. El desierto. Carreteras por todas partes y ruinas pintadas. Y edificios nuevos, de acero, de cristal. Coches. Helicópteros. Aviones. Bajo un sol implacable.

ELLA— ¿Eso es todo?

USTED— Eso es todo.

ELLA— ¿Sabe qué? Estoy cansada. Estoy harta de luchar contra sus aviones. Contra sus edificios de acero, sus helicópteros, submarinos, bombas.

Por cierto

Hoy

USTED— ¿Sí?

ELLA— Hoy, ¿qué día era?

USTED— Jueves.

ELLA— No, la fecha.

USTED— El diecisiete de febrero.

ELLA— ¿De?

USTED— De mil novecientos noventa y cuatro.

ELLA— Ya. Pues

Creo que me voy a marchar.

Sí. Debería volver.

USTED— Adónde.

ELLA— ¿Cómo?

USTED— Volver, adónde.

ELLA— A casa.

USTED— A su casa.

ELLA— Sí. Seguro que mi hija me está esperando y

¿Qué hora es?

USTED— (*Saca su reloj de bolsillo.*) Las once, casi.

ELLA— Ya ve, se me ha hecho tarde. A Concepción le he dicho que iba a llegar a las once, y aún me queda todo el camino por andar. Y mi casa está lejos. Muy lejos.

Por aquí no pasa ningún tranvía, ¿verdad?

USTED— (*No contesta.*)

ELLA— Antes

No sé, tenía la sensación de haber oído el chirriar de ruedas. De ruedas y carriles. Seguro que estaba equivocada, ¿verdad?

¿Le puedo hacer una pregunta?

USTED— ¿Sí?

ELLA— Es una pregunta que hace tiempo llevo en la cabeza.

La hago tal como la pienso, ¿de acuerdo?

USTED— Por qué no.

ELLA— Y si le resulta demasiado directa o indiscreta, simplemente no conteste y olvídelas. Tampoco tiene tanta importancia.

¿La hago?

USTED— (*No contesta.*)

ELLA— Quiero saber quién es.

USTED— ¿Cómo?

ELLA— Usted. Quién es.

USTED— Yo.

ELLA— Sí. Es que, yo

Yo también quiero saber, ¿sabe?

USTED— Saber. Ya.

Hombre, no sé, yo

ELLA— ¿Sí?

USTED— No, yo

Yo

ELLA— Venga. Siéntese.

USTED— Es que, yo, haciendo de ella

Pues, ¡todavía!

Ahora: yo, haciendo de

ELLA— De usted.

USTED— Lo siento, pero

ELLA— ¡Por favor! Esta es la única condición que pongo. La última. Se lo prometo.

USTED— ¿No me acaba de decir que no tiene importancia?

ELLA— Por favor.

USTED— Y esto

Esta es la condición

Para qué.

ELLA— ¿Para qué? No sé, para que haya paz entre nosotros, por ejemplo. ¿O le parece poco eso?

USTED— Paz.

ELLA— Sí, paz.

USTED— No sabía que nos encontraríamos en estado de guerra.

ELLA— ¿Su impasibilidad y mi rebeldía no le parecen argumentos suficientes para una declaración de guerra? Y llevamos ya tiempo así. Demasiado tiempo.

USTED— Bueno, pues

Yo

Yo

No sé, yo

Yo, aquí, y

ELLA— ¿Y?

USTED— Nada.

Miro. Observo. Escucho. No hago nada más.

Estoy aquí

Encerrado también, no lo voy a negar, pero

Tan acostumbrado ya a

A esta especie de

De soledad trascendente

Que yo

No sé. Estoy aquí y miro por la ventana. Y veo montes y nubes. Y ríos.

Ciudades. Pájaros. Mientras tanto, ella me habla.

ELLA— Yo.

USTED— Sí, ella. Por ejemplo.

ELLA— Así que usted, en el fondo, no está tan solo.

USTED— No. No creo. Vamos.

ELLA— ¿Y cuando me vaya?

USTED— ¿Cómo?

ELLA— (*Coge uno de los antifaces.*) Cuando me vaya

Qué.

USTED— Eso es imposible. Ella no se puede ir. Ya no.

ELLA— ¿Cómo que no me puedo ir? ¡Yo cojo mi paraguas y me voy de aquí! Nadie me lo puede impedir.

USTED— Y

¿Y su voz? ¿Y su perfume? ¿Sus palabras? ¿Su imagen? Qué. ¿Se lo lleva también?

ELLA— Yo creía que sí. Quiero decir: en el caso de usted.

USTED— ¿Cómo? En mi caso

No entiendo. No entiendo qué quiere decir.

ELLA— Quería decir que en su caso

No sé, pensaba que

USTED— Qué. Qué pensaba.

ELLA— No, nada.

USTED— Pero, ella

¿Ella no siente este vacío aquí? ¿Este vacío creado por miles de historias? ¿Y este silencio, creado por miles de voces? ¿Y esta extraña ausencia, creada por miles de desaparecidos? Aquí. Justamente aquí.

ELLA— Nunca lo he pensado.

USTED— Más vale, pues. Más vale no pensar.

ELLA— (*Sujetándose el antifaz delante de la cara, comienza a acercarse a la ventana.*) Así que, ella, por ejemplo

USTED— Ella viene aquí y cuenta su cuento. Y desprende su olor. Y se deshace en lágrimas. Y se derrite de placer. Después, coge su paraguas y se va. Bien. Hasta aquí bien.

Ahora

Aquí no hay cortinas que se llenen de lágrimas.

ELLA— Cortinas.

USTED— Sí. Para qué. Aquí no hay nada que ver. Nada que ver ni nada que hacer.

Sin embargo

Las cosas se acumulan. Y hay que guardarlas. ¿Dónde?

Trastos. Trastos por todas partes. Todo está lleno. Aquí. Aquí. Lleno. Todo.

Como si fueran muebles que hay que colocar. Como si fueran armarios, mesas, camas.

Cada cosa en su sitio. Sí, hay que poner orden. Si no

¡Yo no entiendo cómo la gente puede ser tan descuidada con sus cosas! Cada vez hay más y

Ella, por ejemplo, ella ahora se va, y yo, yo me quedo aquí con

Con su historia. Con ella como historia. Con ella como parte de mi historia. No sé, pero

No hay derecho, ¿sabe? No, en serio. No hay derecho. Yo, después, estoy horas aquí, horas o días, semanas enteras aquí esperando que las cosas se coloquen en su sitio. Confiando en que lo ocurrido tenga algún sentido. Ningún significado en concreto, pero, no sé

Algo de lógica, ¿no?

Es que, yo, hasta ahora, tampoco he sido capaz de abandonar esa esperanza inútil de encontrar sentido en todas aquellas historias y de aceptar, de una vez por todas, esa indiferencia que desprende todo el mundo. Aceptar. Amar y aceptar. Hasta los cementerios, como ella dice.

Así que he ido devorando historias: historias de gente que pasaba por aquí como si fueran mías; y las mías como si fueran de alguien que pasa por aquí. Y ahora, lo que sucede es que estoy cansado. Estoy lleno. Lleno o vacío. Ya no lo sé.

¡Tantas historias! Reales o inventadas. Vividas y contadas. Soñadas y vueltas a soñar. Analizadas y vueltas a analizar. Digeridas no sé cuántas veces. Sacado de ellas todo lo que se supone que hay que sacar. ¿Y el resultado de todo esto?

Palabras. Palabras sueltas o discursos enteros. Podemos hablar. De esto y de aquello. De vivencias propias y de historias de los demás. De sueños, de fantasías, de fantasmas. De miedos y visiones. De cualquier cosa. Hablar. Pero las palabras son plantas enredaderas que se alimentan de la vida y, tarde o temprano, lo que construyen es una pared. Y, de pronto, uno se da cuenta de que, lo que más se mueve, es la lengua. O la pluma. O los dedos en el teclado. Nada más.

¿Y la vida? Le pregunto: ¿y la vida?

Yo, por mi parte, confieso que estoy cansado. Cansado de hablar. Cansado de escuchar. Cansado de tantas historias, las mismas siempre, sólo que contadas de maneras diferentes.

ELLA— Creo que estamos cansados los dos.

USTED— Yo casi ya no salgo de aquí. Estoy en la ventana y miro. Si no veo nada, me lo invento. E intento olvidar. Olvidar. Eso es básico. Porque la capacidad de olvidar es proporcional a la disposición a restar importancia a la felicidad. (*Ríe.*) ¡Ya ve! Soy matemático. Un matemático egoísta que no busca la paz con nadie sino consigo mismo. Egoísta como todos los que, una vez, cometieron el pecado de vivir la vida como una serie de historias.

Antes me ha hablado de su hija. Del pacto secreto que siente entre ella y el parque. Es que, ella

(*Con un gesto distraído, se quita el último antifaz.*) Ella no sabe. Es por eso. Por no saber. Por no pensar. Por no hablar. Por no tener palabras para todo. ¿Sabe?

ELLA— Y nosotros, entonces, qué hacemos. ¿Callar? ¿Callarnos para siempre?

USTED— No. No sé. A veces pienso en un idioma nuevo, en un lenguaje que se te escape cada dos por tres. En palabras nuevas, desconocidas. En un continente que quede por descubrir.

ELLA— América.

USTED— América

Ya tiene nombre.

ELLA— ¡Mire! ¡Han vuelto las golondrinas!

USTED— ¿Sí?

ELLA— Sí. ¡Qué velocidad!

USTED— ¿Cuántas son?

ELLA— Muchas. No sé. Veinte. Veinticinco. Treinta. No sé.

¡Qué bellas son! ¡Qué vuelo! ¡Y cómo gritan!

USTED— Treinta. Treinta grises golondrinas

Gritan

Treinta golondrinas grises

Trisan

ELLA— Oiga, usted

Usted me quiere, ¿verdad?

USTED— Querer. Hombre

Yo

A mi manera

A mi manera sí la quiero. La amo como a los ríos, como a los montes y los pájaros —que no es poco—. Pero sí, la quiero. La sigo queriendo. No lo puedo evitar.

ELLA— Yo tampoco. A pesar de todo.

USTED— Qué bien.

ELLA— Sí, ¿no?

USTED— Sí.

Y para que así conste, ambas partes se han reunido hoy, (*Menciona el lugar y la fecha reales del día de la representación:*) en \_\_\_\_\_, a \_\_ de \_\_\_\_\_ de \_\_\_\_\_. (*Empiezan a subir las luces.*)

ELLA— Pero, ¡qué dice!

USTED— (*Consulta su reloj y menciona la hora del momento de la función:*) A las \_\_ horas y \_\_ minutos. (*Siguen subiendo las luces.*)

ELLA— ¡Por favor! ¡Calle! ¡Calle! ¡Cállese!

USTED— Sí. Eso. Callémonos.

(*Dirigiéndose al público, nombra a la actriz en el papel de Ella:*) En el papel de Ella: \_\_\_\_ \_\_\_\_.

ELLA— (*Se acerca al público y nombra al actor en el papel de Usted:*) \_\_\_\_ \_\_\_\_, en el papel de Usted.

USTED— (*Hacia el público.*) ¡Gracias!

Se produce un apagón.